

DE LO FRAGMENTARIO EN UNA OBRA ABIERTA: EL
RETRATO DE MÁXIMO BALLESTEROS EN EL *JUEGO DE
CARTAS* DE MAX AUB

Miguel Marañón Ripoll
INSTITUTO CERVANTES

Resumen: El *Juego de cartas* es obra poco conocida de Max Aub, y también poco tratada críticamente. Sin embargo, es una de las que mejor ayudan a entender los “retratos abiertos” que el autor presenta en obras de corte similar. El tiempo que el multiforme retrato del protagonista expresa la variedad de perspectivas que constituye la idea básica de algunas de sus piezas literarias.

Resumo: *Juego de cartas* é unha obra pouco coñecida de Max Aub, e tamén pouco tratada críticamente. Con todo, é unha das que mellor axudan a comprender os “retratos abiertos” que o autor presenta en obras de corte semellante. O tempo que o multiforme retrato do protagonista expresa a variedade de perspectivas que constitúen a idea básica dalgúñas das súas pezas literarias.

Abstract: *Juego de cartas* is not a well-known work by Max Aub, nor a work treated often critically. It is, though, one of the works which help better to understand the “open portraits” painted by the autor in some of his works; also, the multiple-form portrait of main character expresses the variety of perspectives wich form the basic idea of those literary works.

Si este libro tiene lectores y al cerrarlo tienen ante él un hombre —un personaje—, sea el que sea, pero con todos sus atributos: juventud, madurez, ancianidad, y le queda clara una imagen (formada de miles) de lo que fue su época, ¿Qué más me da que se haya sacado una noticia de un periódico, de una conferencia, de un libro, de un relato, de una mentira? [...]. Más adelante, cuando [...] me di cuenta de que no había manera de desentrañar lo sucedido (porque no hay un suceso, sino tantos como testigos auténticos), me alcé de hombros y decidí —si podía divertir al lector— dar las diversas versiones, no para que escogiera, sino para que las tuviera todas por verdad, que así es (Max Aub, 1995, 18).

I.

¿Quién era Máximo Ballesteros?

Con esta simple pregunta se inicia el juego que la baraja y epistolario aubianos contenidos en el *Juego de cartas*¹ proponen: el ganador es aquel de los jugadores que logre adivinarlo. El juego

¹ Max Aub ([1964]).

muestra un retrato global disperso, “barajable” de su personaje principal, y resulta muy difícil sistematizar los rasgos en una imagen definida². La conclusión a que las reglas del juego parecen querer llegar la ofrece uno de los comodines de las dos barajas (CR)³, que contiene una nota de Rita a Clo: “Valía por todos”. ¿Vale Máximo por todos los retratos y rasgos que nos ofrece el fárrago de personajes, los cuales se comunican entre sí de modo tan multiforme? Máximo es un comodín que adaptan a sus vidas los personajes que hablan de él, pues en él, al buscar definirlo, lo que hacen es proyectar sus pasiones, miedos, susceptibilidades,

² Un *Juego de cartas* en el cual hay implicadas unas dilogías desde el título que hacen que ya a partir de ese momento —y nunca más apropiada la expresión—, no sepa el lector a qué carta quedarse. Como asevera C. Valcárcel (1996, 269), esta obra “recrea exactamente en su forma y contenido las dos acepciones más comunes de las palabras *juego* y *carta*. *Juego* como ‘grupo de cosas que se combinan juntas’ y como ‘ejercicio o actividad para divertirse’; *carta* como ‘misiva o escrito privado dirigido a una persona’ (‘epístola’) y como ‘naipe’ (‘cada uno de los palos de una baraja’). La unión de ambos conceptos da lugar a una insólita *baraja literaria* o *novela de naipes* en la que la ficción narrativa se ofrece al lector en un conjunto de cartulinas”. Más abajo (270n), dice: “Quizá también, de forma muy sutil, se podría pensar en otra de las acepciones de uso de la palabra *baraja*: ‘libro des encuadernado con las hojas sueltas’, pues precisamente es así como se ofrece al lector este libro”. Sobre esta última idea de la identificación metafórica del juego de cartas y el libro, cfr. Jean-Pierre Étienne (1990, 100-3 y 322-4).

³ La notación que se ofrece aquí —destinada a identificar de modo abreviado las cartas ‘naipes’ de la baraja que contienen los textos de las cartas ‘misivas’ reproducidos— se compone de tres caracteres (aunque de cuatro para números de dos cifras y sólo de dos, precisamente, para los dos comodines de ambas barajas). En último término, a la derecha del grupo, consigno la baraja a que pertenece el naipe (R=Roja; A=Azul). Justo a la izquierda van uno, dos o tres caracteres que identifican la carta concreta por palos y números (del 2 al 10) o letras (A, J, Q, R). Para simplificar, la referencia al palo se hace según la baraja española (oros, copas, espadas y bastos), y no francesa (picas, corazones, tréboles y rombos), que Max Aub —o Jusep Torres Campalans, como dibujante— junta por ese orden en las ilustraciones, haciendo que aparezcan los dos símbolos en cada naipe: así, hace que el as de copas lo sea también de corazones, el de oros sea de picas, el de espadas de tréboles y el de bastos de rombos. A partir de ahora, pues, CR=Comodín Rojo; ABA=As de Bastos, Azul; QER=Queen (reina-caballo) de Espadas, Roja; 10OA=10 de Oros, Azul, RCA=Rey de Copas, Azul y así en adelante.

prejuicios, ideales... Con este trabajo se intentará una aproximación en este sentido al ilustre difunto.

Todas las referencias que a Máximo se hacen en la baraja tienen lugar de modo posterior a su muerte y a raíz de la misma⁴. Entre muchos de sus conocidos se empieza a desarrollar una correspondencia en la que se habla del fallecido y de su trato con él, sea éste directo o indirecto. A través de las cartas uno va conociendo cada vez más datos de Máximo, pero estos son, al tiempo, contradictorios entre sí, pues no son sino las opiniones subjetivas de los escritores las que reflejan sentimientos, hechos reales y rumores oídos por ellos sobre su vida. Pero las tres cosas de un modo tan entremezclado y confuso que no permite dar unicidad a la imagen de Máximo. Quizá el que más discreto y prudente se muestra, por resistirse a dar una imagen del difunto, es su sirviente, Ramiro Martínez, que en carta a Raúl Chivas (10ER) le cuenta su trato habitual con Máximo, pero concluye que “De eso a saber cómo era, va mucho, señor. Tanto como de la azotea al sótano, altura que recorro un promedio de cuatrocientas veces al día”.

En una primera lectura y sin buscar un orden, simplemente siguiendo el que dejó en la baraja el último juego o lector, uno puede apreciar que Máximo Ballesteros es un individuo con una buena educación y perteneciente a una burguesía o, al menos, clase acomodada. Su muerte genera una polémica que se refleja en el texto de las cartas. Muchos conocidos —su esquila mortuoria se publica⁵, lo que delata la índole de su círculo social— debaten las circunstancias. La única idea que se va perfilando a medida que avanza la lectura es la de que es un hombre muy amado y, al tiempo, muy odiado⁶.

⁴ Parece explicar la razón Blas, en carta a Rafael (5OA): “Un cadáver es algo tangible, que existe, pero un vivo ¿qué es?”.

⁵ Según asegura Benigna a Pura (QCA): “En el periódico leí la esquila de Máximo Ballesteros”. Por otra parte, Mauricio tiene que “hacer una nota para el periódico” (JEA).

⁶ Las abundantes muestras de su continua relación con las mujeres, antes, durante y después de su matrimonio, refuerza la idea de las opiniones variadas sobre su persona; hace que en unos casos despierte odios y rencores, y en otros

Por todo esto, y para llegar a descubrir quién era Máximo, cualquier lector con vocación de analista ha de buscar un orden y una relación entre las distintas cartas que permita establecer una continuidad entre ellas, de tal forma que pueda conocerse el carácter de los que manifiestan su opinión y sea posible llegar a una idea objetiva del valor de cada una de estas últimas. Los juegos de referencias entre los autores de las cartas, de existir realmente, son los únicos que pueden proporcionarnos una base medianamente firme sobre la que reconstruir la personalidad del difunto. Se debe intentar, pues, seguir el juego, aunque no según las reglas: la visión total de lo que el autor pretende mostrar sólo puede atisbarse teniendo delante la que ofrece el conjunto de cartas —ordenado de la manera más racional posible—.

II.

Inténtese agrupar las cartas en tres grupos. Primero se atenderá a las relaciones que puedan existir entre ellas (las contestaciones de unos personajes a otros, las cartas dirigidas a una misma persona por varias, o bien según aparezcan personas de las que se habla en cada misiva), de modo que más de la mitad de los naipes tenga una continuidad. Por no tener la secuencia la longitud deseada quizá se debe formar el segundo grupo. Así, el siguiente criterio seguido es poner orden cronológico en aquellas cartas que dan datos de Máximo, pero datos establecidos en un momento determinado de su vida, de tal forma que pueden ayudar al conocimiento de la evolución de su personalidad. Por último, quedan aquellas que forman un tercer grupo y que, sin responder a ninguno de los criterios anteriores, también nos informan⁷. Este

que cause la envidia. Todo ello está en la colección de epístolas. Como apunta Ignacio Soldevila Durante: “Odio y amor en todas las cartas, muy pocas las que denotan indiferencia, pero que parecen encubrir igualmente uno u otro de los sentimientos citados” (1973, 157).

⁷ El orden realizado de este modo quedaría, pues, así: Según las **relaciones**: Lola a Teresa (RCA); Gloria a Lola (QER); Benigna a Pura (QCA); Ramona a Pura (2EA); Renata a ‘Cuñada’ —Carmen Ballesteros— (9CA); Carmen a ‘Padre’ —confesor— (8CA); (Ilegible) a Carmen (6BR); Carmen a Agustín Caballero (2BA); ‘Una amiga’ a Carmen (RCR); Amalia López a

orden es el que se aproximaría más a una cadena lógica de acontecimientos reflejados y de pareceres. Con ello se intentará dar una imagen neutra, rescatando de la baraja todo lo que pueda considerarse (o tratarse como) 'lo no subjetivo' del retrato, e indicando lo que se halla en el ámbito personal:

'Señorita' —Carmen— (7EA); Raquel Moriles a Carmen (9OR); Engracia a Carmen (2BR); Reyna a Mónica (REA); Magda a Carla (8EA); Carmen a Aurora (4CA); Aurora a Nieves (7CA); Daniel a Carlos (5CA); Carlos a Nicolás (7CR); Ali a Salvador (2CA); Emilio a Salvador (5BA); Emilio a 'Joven ciudadano' (3CR); Alma a Mateo (9CR); Mateo a Justino (7BA); Luisa a Rosario (10EA); Jerónima a Dulce (8BA); Francisca a María (5CR); Eva a Calixta (AEA); Alfredo Renovales a Modesto Lorca (AOR); Modesto a Alfredo (ACR); César a Bartolomé (9BA); Edgar a Bartolomé (JOR); Olga a Ofelia (3OR); Yolanda a Alicia (6OR); Alicia a Diana (JBR); Mariana a Diana (6OA); María José a Jacinta (8BR); Jacinta a Marcela (CA); Miguel a Hugo (ABR); Gerardo a Miguel (5EA); Cecilia a Pepita (ROA); Felisa a Manuela (AER); Gaspar a 'Pequeñarra' (5BR); Rosa a Manuela (5ER); Gerarda a Lea (4BA); Fernanda a Inés (5OR); Rosalba a Carlota (AOA); Carlota a Judit (9EA); Sara a Estrella (QOR); Lili a Estrella (10OR); Lucía a Asunción (3EA); Francisco a Benito (JBA); Ana a Asunción (8OR); Enriqueta a Esther (9OA); Blas a Rafael (5OA). Por el **orden cronológico de su vida**: Amada a Dominga (QBA); Daton a José Ramón (JER); Javier a Marcelino (QBR); María Rosa a Fina (10BA); Vicente a Dámaso (7OR); Luis a Enrique (ABA); Artemisa a Lulú (10BR); Rubén a Alex (4ER); Baltasar a Gonzalo (2ER); Félix a Pedro (7ER); Teodoro a Alonso (8ER); Fernando a Bernardo (7BR); Gregorio Roca a Ambrosio Mundet (8CR); José Luis a Esteban (6BA); Ramiro M. a Raúl CH. (10ER). Si atendemos, por último a las cartas **sin ningún orden**, obtenemos el siguiente: Marisol A Clarita (JCA); José Carlos A 'Joven' Maximiliano (10CA); León a Raymundo (6CA); Milena a Camililla (3CA); Ruth a Alejandra (ACA); Esperanza a Dorotea (QCR); Baldomero a Abel (JCR); José a Arturo (10CR); Marcelo a Joaquín (6CR); Julia a Ricardo (2CR); Lucas a Felipe (RBA); Adolfo a Américo (RBR); Miguel Ángel a Augusto (9BR); Poncho a José Antonio (4BR); Alejo a Margarita (3BR); Lidia a Doc (QOA); Linda a Graciela (JOA); Paula a Dolores (10OA); Cándida a Pilar (4OA); Antonio a Agustín (3OA); José Rafael a Portilla (2OA); Juliana a Cristina (ROR); Rosendo a Próspero (4OR); Lucienne a Lisa (2OR); Ludwig a Ladis (QEA); Mauricio a Jorge (JEA); Alberto a 'Gordo' (6EA); Gil a Martín (4EA); José Miguel a Mario (RER); Samuel a Juan Ramón (9ER); Emmanuel a Doroteo (6ER); Elsa a Marcia (3ER); Valentina a 'Chata' (3BA); M. a L. (4CR); (Ilegible) A Tita (7OA); R. a Rufina (8OA); Rita a Clo (CR). El trabajo de C. Valcárcel (1996) esboza un ensayo de juego entre referentes muy interesante para lo que concierne al orden de las cartas.

Máximo Ballesteros nació en el seno de una familia acomodada, como demuestra el hecho de tener una persona que lo cuida, empleada a tal efecto (Amada, la típica chica que viene del pueblo y que con el paso de los años regresa al mismo), que lo adora y para la que siempre fue su “niño”, como dice en carta a Dominga (QBA). Su opinión de Máximo es clara e incondicional: “era el hombre más guapo y más bueno que había en el mundo”. Huérfano de pequeño —no se precisa cuándo queda en ese estado, pero no fue de modo inmediato, sino lo suficientemente tarde como para tener problemas con sus padres (9BA)—, Máximo marcaría su carácter haciéndose independiente y fuerte. Este hecho le daría facilidad para mentir e inventar. Dantón Rivera, antiguo maestro suyo en la primaria, lo recuerda así, de modo tan fiel como pueda serlo un recuerdo, en carta a José Ramón (JER): “Creo que fue un estudiante sin mayor brillantez, con cierta facilidad para mentir e inventar, cosa bastante frecuente en los huérfanos. Recuerdo que, eso sí, era incapaz de acusar a los demás o de denunciarlos⁸. Muy hombrecito desde entonces”. Fue a un colegio religioso. Daniel, en carta a Carlos (5CA), lo rememora: “fue compañero mío de infancia, fuimos juntos al colegio —de jesuitas, tal como se debe— estudiamos el bachillerato codo con codo”. Lo recuerda como alguien “vacilante, indeciso, tenaz y astuto” y del que “uno podía fiarse”. Junto a esto, otra descripción del Máximo de aquellos años realizada por César a Bartolomé (9BA) contrasta con esa característica de indeciso que Daniel le atribuía: “Cuando otros son todavía niños, él ya era un hombrecito. Se las tuvo tiesas con sus padres mientras los tuvo. En su casa y en el colegio se llevó una cantidad de hostias que no tengo por qué contarte”.

Marcelino, un “compañero de la infancia”, se muestra sorprendido de que a Máximo le gusten las mujeres: desde su homosexualidad dice en carta a Javier (QBR) que, cuando dormían juntos, su difunto amigo “parecía ir por muy distinto camino”. El

⁸ Esto se contradice con lo que Miguel dice a Hugo (ABR): “¿Que si fue un delator? ¡Claro que sí! Los tan seguros de sí siempre lo son. Le abría uno la boca para que hablara, sin soltar prenda. Se deslizaba como anguila dando excusas”.

dato que Aub introduce aquí es importante, pues supone el contrapunto a la fama de donjuán que se le atribuye y confunde más la imagen del personaje descrito. Tal vez haya en esta misiva relación con la que Mariana dirige a Diana (6OA). En ella no hay traza de alusión a una posible homosexualidad, pero sí a un más que dudoso donjuanismo: “de Don Juan no tenía un pelo”. Ambas acompañan a una idea desmitificadora del conjunto: se destruye lo generalmente aceptado mediante la fragmentación de la imagen de Máximo al tiempo que se insinúan, de modo irónico, alusiones a viejas teorías sobre el donjuanismo. Hay otra referencia a la posible homosexualidad, pero que desmiente rotundamente esta hipótesis: M. escribe a L. (4CR) que “lo único que une a los hombres es que les gusten los mismos libros. Que, en general, creyeran que las preferencias de Máximo eran otras... ¡Allá ellos!”⁹.

Hay otra carta que cambia el sentido de la anterior y que también muestra un comportamiento diferente del que va a llevar en un futuro. Treinta años antes de su muerte, siendo un jovencito, se enamora de María Rosa, mayor que él, de una forma tan platónica que renuncia a acostarse con ella. Esta cuenta a Fina (10BA) de su personalidad romántica. Pero otro contraste se produce con el parecer de Vicente, quien apunta a otra característica suya eminentemente práctica. En carta a Dámaso (7OR) asegura que Ballesteros pensaba que “todo se podía conseguir con perseverancia”, según le había aconsejado en sus años de carrera. Benigna, quince años mayor que el finado, dice haber sido “la primera en tenerle” (QCA) en un “bautismo” que “Es uno de los pocos recuerdos que quisiera que la muerte no me borrara”.

Precisamente en la universidad, deja esa carrera tras tres años (lo recuerda Luis [ABA]) de estudio (“hizo lo contrario de lo que me recomendaba”, dice Vicente [7OR]). Es por entonces

⁹ Misteriosa y ambigua es, en este sentido, la carta de José Miguel a Mario (RER), que puede interpretarse o no de modo interesado: “No hizo nada que valiera la pena. No lo lamentos ni te lamentos: ¿a quién no le pasa lo mismo? ¡Claro que hubiera querido otra cosa! Pero no pudo (no poder es no saber) [...]. Quedaban las mujeres, en su estrecho criterio creyó que *eran* otra cosa. Puesto en la pendiente pudo ir más allá. No se atrevió, por tonto”.

cuando Luis (ABA) recuerda otras palabras suyas: “sólo se necesita tener tacto y prudencia para conseguirlo todo —me dijo alguna vez no sé si en serio o en broma—”. Su visión de la vida ha cambiado (siempre que se suponga que con los datos ofrecidos esta ha tenido un desarrollo coherente). Un retrato más de su juventud nos lo dibuja Francisco (JBA): “De joven tuvo a gran orgullo ir siempre muy bien vestido, peinado sin reproche posible, el bigotillo cuidado. No fumaba por no ensuciarse los dientes y los dedos. Buen comedor a ratos, muy aficionado a las mujeres siempre”¹⁰.

Tras su corto paso por la universidad, Máximo se convierte en funcionario, con un buen cargo: José Rafael T. (2OA) dice: “No creo que le diera vergüenza ser funcionario —e importante—. O tal vez, sí”. Emilio apoya la idea de mentalidad funcionarial en su carta a quien llama “Joven ciudadano” (3CR): “Aceptó el mundo tal como lo conoció y supuso que cualquier esfuerzo para cambiarlo era inútil. A lo sumo, mejorar la burocracia...”. Parece, sin embargo, que para algunos como Lucas, su muerte tuvo que ver con que se dio cuenta de que “Había llegado a un estado en que todo le era igual menos al [*siz*] buen funcionamiento de su oficina [...]. La rutina, la burocracia, se le fueron imponiendo poco a poco *a medida que se le hacía más fácil*” (RBA).

Artemisa aparece en su vida unos veinte años antes del fallecimiento (la carta de Amada a Dominga [QBA] da a entender que muere alrededor de los cincuenta), al igual que Valentina (3BA). Esto es, diez años después de su relación con María Rosa, pero para entonces su comportamiento con las mujeres ha cambiado, es soberbio y vanidoso, según Artemisa (que asegura en carta a Lulú [10BA] ser este el motivo por el cual su relación “fue una constante lucha”), aunque la versión de Valentina es muy

¹⁰ Es posible —e irónico— que este Francisco que lo recuerda “con cariño” (aunque la carta dice “te” parece que es errata y se refiere a Máximo, no a su interlocutor Benito) sea el mismo Paco, esposo de Lucía. Esta última escribe a Asunción (3EA) precisamente que “Máximo fue toda mi vida. Compañero de Paco, fui su querida, al poco de casarme. Luego seguimos siendo los mejores amigos del mundo. Se encontraba más a gusto con las mujeres que con los hombres”.

diferente, pues asegura que era “tímido, desconcertado” y que “Encogido, como no atreviéndose, me paseaba por la calle y, a lo que supe mucho más tarde, me escribía versos”. Sus abundantes relaciones íntimas con las mujeres (las “Amontonó”, dice Mariana a Diana [6OA]), las cuales forman una de las principales características del personaje, son uno de los puntos en que inciden la mayor parte de los autores de las cartas. Ellas informan muchos episodios de su vida, y componen un complejo mapa de vínculos que merece ser esbozado a grandes rasgos.

Se casa con Carmen (probablemente en el período de diez años que va de sus relaciones con María Rosa al que pasa con Artemisa). Es esposa fiel y muy religiosa (se deja aconsejar por su confesor, como se ve en carta al mismo [8CA], donde le reprocha ser “responsable del malentendido que arruinó mi vida” por haberla obligado a un católico “recato”¹¹), y no le da hijos —la descendencia de su marido, como se verá, tiene lugar en otros nidos—. Máximo mismo tiene fama de conservador (“Era de otra época, educado en convenciones que han pasado a la historia. Aunque no lo creyera: católico hasta las cachas. Seguro de la existencia del pecado original”, dice Lucienne (2OR), incluso “un tanto reaccionario” (Rubén [4ER]), aunque eso no le impide engañar constantemente a su esposa y mantener una doble moral, típica por otro lado del cuadro social que Aub nos presenta. Carmen soporta en Máximo todo tipo de infidelidades. En opinión del mismo Rubén, amigo que comía habitualmente en casa de los Ballesteros en los primeros años (4ER), el de ellos era un matrimonio feliz, aunque se debe objetar que su misiva no trasluce un conocimiento profundo de la pareja. León (6CA) piensa que la única explicación razonable al hecho de que se casara con Carmen es que estaba enamorado de ella: “Por el dinero no creo que fuera, por guapa tampoco [...] ¿por conveniencia? ¡Bah! él había andado

¹¹ El padre le responde (6BR): “No creo, hija mía, que tengas razón al suponer que el desvío y los descarríos de tu esposo se deban al recato que toda buena cristiana está obligada a mantener en el matrimonio [...]. Si tu marido faltó a sus más sagrados deberes no fue por tu culpa [...] sino porque el maligno le habitaba”.

ya su camino”. También Modesto escribe a Alfredo (ACR) que “Máximo estaba enamorado de Carmen”. La exaltación religiosa de la esposa de Máximo es lo que motiva su tolerancia: Reyna (REA) escribe a Mónica que “Carmen es una mártir, pero por gusto. Le gusta hacerse la triste, la abandonada sin más razón que haber pasado por el juzgado y el altar. ¿Quién le mandaba aguantarse más que por el placer de saberse desgraciada? ¿Si no podía aguantar a Máximo ¿por qué no lo mandó a paseo o le plantó unos cuernos del mismo tamaño de los que él le ponía? Era de la pasta de nuestras abuelas”. Carmen Ballesteros es, lógicamente, posesiva, como demuestra su carta a Aurora (4CA): “Quisiste arrebatármelo antes y después de mi matrimonio”. Incluso pierde la amistad con Engracia, quien intenta (2BR) congraciarse: “Supongo que con esta triste ocasión no tendrás reparo en que nos volvamos a tratar como antes”. Y no faltaron episodios con el servicio de la casa, como una antigua criada, Amalia López (7EA), recuerda: “Usted sabe, señorita, cuanto la estimo y cuanto sentí que usted se crellera [*sic*] algo que no era y que tuviera que salir como salí de su casa”. Marisol resume el matrimonio en un infierno para Carmen —del mismo modo que Modesto (ACR) apunta lo contrario— y en carta a Clarita (JCA) expone su preocupación por ella, aunque sin énfasis en las aventuras amorosas del esposo: “Tú no sabes lo que ha padecido toda su vida por culpa del desgraciado de su marido. ¿Te das cuenta de lo que es vivir años y años al lado de una persona que si abre la boca es únicamente para regañar o pedir lo que le hace falta? Sin contar que, aparte de las precauciones, ella tuvo que saber de sus cien aventuras”. Pero no falta quien considera merecidos sus problemas: En este sentido, Magda (8EA) cree que “mereció aguantarlo [a Máximo] toda la vida”. Curiosamente, pese a ser de dominio público los líos de faldas del marido, Alfredo Renovales, hermano de Carmen (AOR), aún sostiene que “guardó siempre las apariencias”. María José, “por despecho”, escribe (8BR) que “ahora se dará cuenta Carmen de lo que ha perdido”.

Ese presunto amor, empero, no hizo que le guardara fidelidad: a lo largo de su matrimonio sigue acumulando un gran

número de relaciones adúlteras. Paula misma, en carta a Dolores (100A), habla de una de ellas —probablemente de las primeras—: “Era yo muy joven. Aquello duró poco porque se tuvo que marchar. Amigo de casa, mi padre se dio cuenta y no me dijo nada. Lo reprobó pero como tenía en mucho a Máximo, que ya estaba casado...”. Más abajo se tratará este rasgo fundamental de su vida. Una de las relaciones que mantiene le da un hija retrasada, Eugenia (como Baltasar en [2ER] hace saber al lector) y ha de pasar una pensión a Ofelia —la madre— para el mantenimiento. Edgar, hermano de Ofelia, lo dice en (JOR). Si era tan conservador como se comenta más arriba, es interesante que para él la familia no tuviera importancia (como dice su hermana Renata [9CA]), cosa que tal vez se debió a que primero se quedó huérfano y luego no consiguió tener ningún hijo con Carmen. Pero tampoco eso es una prioridad en él, ya que deja embarazada a Milena (3CA) y la hace abortar: aquí son más importantes sus valores sociales que sus valores religiosos. La única descendencia que logra tener¹², pues, es con Ofelia.

No es sólo un “afán nunca desmentido por las mujeres” (Samuel [9ER]) lo que hay en Máximo. Como ya se ha citado, “Amontonó mujeres” (carta de Mariana a Diana [60A]), y tal vez esta sea la manera en que mejor define su relación con ellas. También Rosa habla en ese sentido (5ER): “Iba a lo suyo, que eran las demás. Cuantas más, mejor, sin importarle los medios”. ¿Es un conquistador, un ‘Don Juan’? (ya se ha visto la imprecisión que hay al respecto). Tal vez buscaba algo en las mujeres (“buscaba el gozo de los demás para hacerlo suyo”, dice Mariana a Diana en la misma misiva), o tal vez intentaba tapar la homosexualidad apuntada por Marcelino (QBR) demostrando una y otra vez su virilidad. Lo que parece estar claro es que no era aficionado a las prostitutas (no se

¹² La carta de la “desolada” Juliana a Cristina (ROR) es extraña y parece aludir a esa descendencia: “Luisillo anda preguntando todo el día por su tío Máximo, el que le compraba todo lo que quería. Se adoraban: no lo digo en broma [...]. Si el niño le quería por algo sería...” ¿se insinúa —esa cursiva en “tío” tal vez es intencionada— que el tal Luisillo es un hijo secreto? Otro interrogante —el cual C. Valcárcel (1996, 275n) ya había apuntado— que queda para las conjeturas infinitas.

dice nada en el sentido contrario): Gaspar (5BR) cuenta que en su único viaje al extranjero, no le gustaron las mujeres parisinas, porque “las halló demasiado interesadas. Tuvo muchas mujeres pero jamás se le ocurrió que podían costar dinero. Le molestó”. Y es que, como dice Poncho a José Antonio (4BR), “por eso era partidario del amor, con la esperanza de dominar o de dar jaque mate. Siempre supuse que fue mal perdedor, por el orgullo”.

Mantuvo relaciones con casi todas sus amigas, estuvieran o no casadas con amigos suyos, antes y después de su matrimonio y hasta los últimos días de su vida. Las relaciones se presentan variadas —unas más profundas o satisfactorias que otras— y con juicios nada uniformes. Tuvo a Ramona de *querida*: “Me puso piso” (2EA). Julia “le admiraba” (2CR), aunque no revela si lo quería. Para Fernanda (5OR) “Fue mi maestro en todo [...]. Con sólo decirme: te quiero, me enseñó más que la vida”. Rosalba (AOA) pide a Carlota: “No refresques antiguallas”, y le cuenta su simple relación con Máximo (“Nos encontramos: Café, cena, cine, cama. Las cuatro C. Podían haber sido menos. Duró los ocho días que estuvimos allá”). Similar fue la que tuvo con Alma (9CR): “Fui su empleada dos o tres años, nos acostamos algunas veces [...]. Nos volvimos a encontrar hace un año, en una exposición. Fuimos a cenar, etc.”. Y de reencuentros también escribe Olga a Ofelia (3OR): “¿Que por qué fue mi amante? Por pesado, insistente, porfiado [...]. Nos dejamos de ver muchos años [...]. Y aún al volver, aunque no lo creas, maduritos, íbamos a lo nuestro de cuando en cuando, con gusto [...]. Tal vez nos uniera el pecado, como decís las beatas”. Eva (AEA) lo recuerda “bebiendo vino tinto mientras lo hubiera y, luego, buscando un pretexto para meterme mano, digamos en la cocina. Era un hombre abierto en busca de todas las aberturas”.

Hubo quien lo rechazó —o dice haberlo hecho—, como Valentina (3BA): “Le paré los pies, que es como designamos las manos las mujeres decentes”; o Jerónima (8BA): “Con Máximo sencillamente, no me dio la gana. ¿No te ha pasado nunca? No me digas que no”. Pero no fue esta, como se aprecia fácilmente, la norma. Hubo también quien lo aceptó una vez y en extrañas

circunstancias, como Linda (JOA), que le dijo una tarde que “estaba de humor”, según cuenta, “Bueno: me acuesto contigo ahora, pero punto y ya. No me vuelvas a dar la lata. Dijo que sí, quedó bastante mal y yo sorprendida. A mis años, que son los tuyos, el truco de la emoción...”. Y hubo a quien no le “gustaba físicamente” (Artemisa [10BR]). Lucienne (2OR) lo consideraba un “ser vulgar [...]”. Para él, el hecho de acostarse con una mujer era importante. En nuestro tiempo, da risa. Lo dejé ir a lo suyo, hecha una tabla. Resintió el insulto. Aun me estoy riendo...”. Para Cándida (4OA) fue “como todos o cualquiera: a todo meter, pero no le quedó nada de mí”. Para Lola (RCA) fue sólo “uno más” (también para Ruth [ACA], aunque no usa esas palabras). Dice deberle “en parte, lo que soy; pero si no hubiese sido él hubiera sido otro [...] en mí, no me lo niegues, había madera”. Elsa (3ER) afirma que “le desprecié siempre”. A Yolanda (6OR) le molestaba “su suficiencia y, al mismo tiempo, sus melindres” (aunque la destinataria de la carta, Diana, la tiene por “hipócrita” [JBR] porque dice saber que tuvo con Máximo “relaciones nada santas”). Esperanza (QCR) lo considera “de acción retardada”, pues no se dio cuenta de que la tenía “a su absoluta disposición”. Al darse cuenta “fue tarde y ya sin tiempo. Lo volvió a intentar, al principio me presté. Luego ya no, y eso que anduvo trás mí como animal en celo”. Sara (QOR) lo intenta olvidar, y dice a Estrella: “estábamos en paz. No me saques de ella con su muerte”. Rosa (5ER) escribe que “quisiera no acordarme de él”. Y Luisa (10EA) dice: “¿Quién lo recordará? Yo no”.

Varias mujeres quedan tocadas como consecuencia de su relación con Máximo y lo detestan. La misma Luisa (10EA), aunque dice no hablar por despecho, recuerda “cómo me dejó tirada una buena mañana”. Milena (3CA) iba a tener un hijo suyo y su odio viene por el trauma que le provoca el aborto que le “arregla” Máximo, si bien tras la muerte siente “no tener un hijo suyo”. Lili dice a Estrella que “le guardé y le guardaré siempre rencor” por su historia de adulterio (10OR) con él. Carlota (9EA) dice a Judit que “Me hizo terriblemente desgraciada [...] Vine a morir aquí intentando olvidarle [...]. No me escribas más”.

Los juicios globales sobre su persona se dividen —de modo acorde a los sentimientos que traslucen las epístolas, de amor u odio— en dos grandes apartados: los positivos y los negativos. Los primeros son variados, y se pueden enumerar según sentimientos de pesar o con citas de epítetos mencionados: Gerardo dice sentir su muerte (5EA), así como Alma (9CR). Eva exclama “¡Pobrecito!” (AEA). Yolanda considera que escribe su carta con un motivo “triste” (6OR). Rubén (4ER) dice que “siento que haya muerto, tal vez más por mí que por él: teníamos la misma edad”. Su compañero de carrera, Luis (ABA), siente su muerte por considerarlo un “hombre apreciable”, así como el otro, Vicente (7OR), para quien la noticia “es un golpe muy fuerte”. Francisco (JBA) lo recuerda “con cariño”. A Benigna (QCA) le hizo “no sé qué de no sé qué”. A Paula (10OA) le “duele como una quemadura” el recuerdo de su relación. Aurora (7CA) no sabe “qué hacer; no me voy a volver loca [...], lo estoy de recordarle y saber que nunca volveré a verle pisar el umbral de mi casa. ¿Qué va a ser de mí?”. Francisca (5CR) escribe a María que “Me hará falta siempre, siempre”. Lola (RCA) lo siente “pero —como dicen— no puedo llorar”. Fernanda (5OR) necesita “hablar de él”. Ana (8OR) habla de “inmensa pena”. Amada, que lo crió (QBA), pasa “los días y las noches llorando y rezando”. Carmen dirige una carta participando el entierro de su marido a Agustín Caballero (2BA), del que sabe “el entrañable afecto, además del gran respeto” que tuvo por el difunto. José Carlos lo califica (10CA) de “lúcido y, si quieres, elegante”. Francisca (5CR) dice que era “encantador, exquisito, sólo gustaba de lo más espiritual”. Adjetivo pintoresco es el de Raquel Moriles (9OR), quien habla de “aquel espejo de caballeros que fue su querido esposo”.

Los juicios negativos sobre Máximo son también abundantes. Se puede ver algún comentario indiferente ante el óbito: “Me tiene sin cuidado la muerte de Máximo” (María José [8BR]). Reprobatorio es el juicio de Enriqueta (9OA), quien lo asimila al resto de los hombres: “era uno más, sin la menor consideración para nadie y menos con las mujeres”. Bastantes de estas opiniones son en gran parte fruto del resentimiento. Es muy

explícito el de Mateo en carta a Justino (7BA): “Nunca me he alegrado de la muerte de nadie pero sí de la de Máximo [...]. Lo que sucede es que no hay justicia en la tierra. Si la hubiera, hace muchos años que se lo hubiesen comido los gusanos. Y aún éstos debieran hacerle asco para que resucitara tal como fue y se viera y con sólo verse padecer todos los males de la condenación eterna”. Otro es el de su compañero de oficina José Luis (6BA), a quien siempre negó lo que pidió: “Vivió sencillamente [...] por el puro placer de fastidiar”. Teodoro (8ER) dice que “no lo aguantaba ni el sillón donde se sentaba”. Félix (7ER) dice que “Se creía la divina garza”. Adjetivos que se le dedican incluyen “ser imposible, reconcentrado, vanidoso” (Baldomero [JCR]); “desaprensivo, falto de consideración, sin importarle jamás un pepino los demás” (Marcelo [6CR]); “misterioso, cortante y mentiroso” (Alberto [6EA]); “un perfecto sinvergüenza, orgulloso, incapaz de un buen sentimiento, ocupado sólo de sí mismo, sin importarle un comino de los demás [...] un cualquiera, con cierto encanto y malas maneras” (Luisa [10EA]). Otros se encaminan hacia epítetos concurrentes, que son lugares comunes. Hay dos muy claros: 1) Adolfo, en carta a Américo (RBR) lo define dos veces como “un hijo de la tal por cual”; en esta línea, Gil dice a Martín lo mismo (4EA): “Era un tal por cual que se creía más de lo que era”. Marcelo (6CR), por su parte, matiza: “No llegaba a ser lo que corrientemente se llama un hijo de puta, pero se le aproximó bastante”. 2) Varios lo satanizan o le atribuyen caracteres demoníacos: Adolfo (RBR) apunta que el “Que a su madre le haya parecido un ángel, como comprenderás, no cambia las cosas; igual que su mujer le supusiese lo contrario, en plena luna de miel”. El confesor de Carmen (6BR) le dice a esta que “el maligno le habitaba”. Una amiga anónima (RCR) define a Máximo como “un ángel de maldad”. Por fin, Miguel (ABR) dice que “jamás reveló los secretos de su pecho, menos los del alma, si la tenía”. Baldomero concluye diciendo que, ahora que ya está muerto, “se llevará mal con los ángeles” (JCR).

Aquí es donde más claramente se refleja la hipocresía de una sociedad que mantiene una moral en apariencia mientras sus

comportamientos, siempre ocultos, son muy diferentes. También en esta línea de retrato social multiforme Max Aub multiplica los puntos de vista sobre cada asunto que rodea la personalidad del finado, y de ello no se escapa el propio fin que tuvo. Una vez muerto Máximo, los personajes se sinceran unos con otros, explicando las relaciones con él mantenidas; pero incluso en torno a su muerte se produce el misterio. Una de las grandes interrogantes que planean sobre el conjunto de las cartas es la pregunta “de qué o cómo muere”. Existe una versión oficial — Máximo murió de una trombosis repentina, según ésta— y dos con las que especulan los que lo conocieron: el suicidio y el asesinato por parte de su mujer, Carmen Ballesteros. Hay varias cartas que tratan el tema, y la primera destacable es la del médico, Gregorio Roca, que asegura a Ambrosio Mundet (8CR): “Firmé el acta de defunción y puedo asegurarle que Máximo Ballesteros falleció de muerte natural. Fue una trombosis coronaria contra la que fue inútil luchar. Carmen me llamó cuando su esposo empezó a sentirse mal y, al llegar, media hora más tarde, a su casa, ya no había nada que hacer”. Resulta extraño que el médico tenga que desmentir algo que debería ser obvio, lo que implica que hay algo misterioso en torno al óbito, y, por supuesto, especulaciones. Parece que esta versión oficial está bastante extendida, pues se destaca lo repentino de la muerte¹³. Incluso Renata, hermana del difunto, la acepta como representante oficiosa de la familia en carta a su cuñada (9CA). Claro que no parecen, ni ella ni los parientes, estar muy familiarizados con la vida de Máximo: “Hace años que no nos tratábamos. Para él la familia ya no tenía importancia”. Aquí, de este modo, se introduce una duda deliberada —¿Fue natural la muerte?— en la armazón de la verdad que el doctor había establecido en su acta, pues el carácter ‘oficial’ que la misma tiene es muy sospechoso —especialmente en una sociedad como la retratada, hipócrita y pacata, donde el suicidio es

¹³ Algunos lo resaltan, como Edgar a Bartolomé (JOR): “Me anuncian la desaparición repentina de Ballesteros”; Marcelo a Joaquín (6CR): “Reventó el bueno de Máximo”; o Mauricio a Jorge (JEA): “Murió Máximo Ballesteros de repente”.

algo reprobable y socialmente no aceptado—. Circulan las especulaciones sobre la naturaleza del fallecimiento. Las hipótesis al margen de esa versión oficial se agrupan en dos sentidos: las que recogen la posibilidad, mencionada, del suicidio, y las que apuntan a que lo mató su esposa Carmen.

La primera cuenta con varios adeptos: Gloria dice a Lola (QER) que “no me cabe la menor duda de que Máximo se suicidó”, y pone en duda la versión médica al añadir que “Me consta que no estaba enfermo del corazón”. Sus razones serían, según esta idea, que estaba “desesperado”. Carlos dice a Nicolás (7CR) en broma que “Se suicidó porque le tocó la lotería”, especificando que realmente era por razones de “insatisfacción” que le eran intrínsecas. La idea de Miguel Ángel es diferente y va encaminada a mayores planteamientos existenciales, según lo que dice a Augusto (9BR): “Máximo se suicidó porque no pudo resistir esa distancia que crece cada día entre el trabajo y el hombre. Los entendidos hablan de alienación, de enajenación. ¡Qué pobre es el idioma!, aunque referido a nuestro amigo no está mal decir que murió alienado o enajenado. Ahora bien, yo diría: esclavizado, como un buen día amaneceremos todos suicidados por no poder resistir esa nueva burocracia, tanto trabajo imbécil bajo el que el saber humano —la técnica— nos entierra”. Alberto dice, en carta a ‘Gordo’ (6EA), que “crees que Máximo se suicidó. No tengo nada en contra. Es muy posible que lo hiciera, por cansancio o por curiosidad o ambas cosas a la vez”. En un pequeño subgrupo se cree que se disparó, como José Carlos, que dice a Maximiliano (10CA) que “En uno de esos altibajos se pegó un tiro”, o Lucas, que, inseguro al respecto, escribe a Felipe (RBA) que “tal vez se dio cuenta una mañana: la que se pegó el tiro. Si fue tiro”. María Rosa refiere a Fina (10BA) que treinta años atrás ya consideró Máximo el suicidio ante una contrariedad amorosa. Fernando, aunque no alude al suicidio, parece darlo por hecho cuando informa a Bernardo (7BR) de que “Sentía remordimientos, no de lo que hizo: de lo que no pudo hacer. Así no se puede vivir”. El médico Baltasar (2ER) apunta que su única hija, ilegítima y “retrasada mental sin posible recuperación”, fue causa de su

insatisfacción: “Tal como supones, sin exceso de imaginación, este hecho debió amargarle la vida”. Parece que más de uno se había sentido avisado respecto a ese —presunto— final. El texto de la carta de Gerardo a Miguel (5EA) es muy explícito en este sentido:

Hace tres o cuatro meses, no puedo precisar la fecha, me habló muy desengañado de todo —no era la primera vez—. Ignoro sus razones y no iba a preguntárselas. A todos nos sucede que un día todo nos parece bien y al siguiente vemos el mundo vestido de luto. El camino más llano se nos hace de pronto áspero sin causa visible. De veras, aquél día, estaba completamente entregado a la desesperanza. En ninguna cosa hallaba paz. Lo eché a broma, que es lo que solemos hacer para mayor facilidad. Ahora lo siento.

La pista más suelta y dejada con intención bien clara de confundir —o sugerir nuevas posibilidades al lector— remite a la personalidad mujeriega de Máximo. Así, Teodoro escribe a Alonso (8ER) que encontró una nota entre los papeles del fallecido muy misteriosa: “La rapté, la maté. No podía hacer otra cosa. Se cerraba el círculo. Si no hubiese resistido, porfiada, nada hubiera pasado. Pero tal vez era necesario que sucediera lo que pasó para que yo me sucediera a mí mismo”. No hay más alusiones a esta posibilidad, que permanece, así, insinuada sin más.

La otra hipótesis diferente de la oficial es la del asesinato, y sobre ello se pueden leer cuatro cartas: una primera, que plantea la posibilidad como algo nuevo en el escenario de relaciones entre los personajes; una segunda y tercera cruzadas, que aluden a un “infundio” propagado, y una cuarta que da por hecho frente a la presunta asesina que se ha cometido el crimen. Comienza Ana, en carta a Asunción (8OR): “Quema estas líneas después de leerlas. No soy delatora ni lo seré nunca, pero por lo que oí en el velorio y en los rosarios, y por lo que me sospechaba desde el primer momento, ha ido creciendo en mí la seguridad de que Carmen mató a Máximo”. Alfredo Renovales, hermano de Carmen, por su parte, escribe a Modesto Lorca (AOR): “me llega el rumor insensato de que Carmen asesinó a Máximo”, y le pide formalmente explicaciones por creer que es el autor del “infundio”. Modesto (ACR) le contesta —menos formalmente—: “¿Que yo propalé que Carmen mató a Máximo? ¡Claro que sí! Y lo

puedo demostrar. Desde luego no usó el cianuro. Le bastó la mala leche, el infundio diario, la sospección [*sic*], los “ya, ya...” rebozados en bilis”. Esta respuesta podría tener más relación con la hipótesis del suicidio que con la del asesinato, aunque combina ambas. Por último, “una amiga” anónima elogia a Carmen en carta personal (RCR) por haber asesinado a su esposo: “lo arrojaste tú al profundo, e hiciste bien. Porque tu querido Máximo era un ángel de maldad y debieran condecorarte por haber acabado con él. Ganaste el cielo. Te felicita...”. ¿Las razones de ese —hipotético— asesinato? Las infidelidades (baste recordar que Carmen considera [8CA] que el recato “arruinó su vida” porque su marido buscó “en otras” lo que ella no le daba) son el motivo más probable, por lo que se puede deducir de la lectura de la baraja. También pudo ser el deshonor provocado por la rumoreada homosexualidad (M. decía, recuérdese, a L. [4CR] que “en general” se creía que Máximo tenía otras preferencias) del fallecido, aunque en ninguna carta de Carmen se ve que esta tenga conocimiento de tales inclinaciones.

La muerte de Máximo está rodeada de misterio. Es, como en los demás casos, imposible establecer una conclusión al respecto. Quizá, como en un juego de azar normal, se deba acudir a un comodín: el que contiene la frase de Jacinta a Marcela (CA), “Fue por casualidad”, y que nos refuerza la inseguridad de las varias posibilidades aquí ofrecidas.

III.

¿Qué es lo que queda tras este intento de reunir lo disperso, cuyo resultado —a la vista está— nos presenta contradicciones tales que ni con la muerte tienen fin? Poco. El retrato de Máximo es difícil de trazar, dada la gran variedad de pequeños cuadros —unos más prudentes y desdibujados, otros más atrevidos y detallistas, muchos tal vez deliberadamente mentirosos¹⁴— que de él ofrece el juego. Pero es en las vanguardias

¹⁴ Cecilia (ROA) abre esta puerta de las patrañas acerca de Máximo: Manuela quiere reunir testimonios sobre el finado y “de cómo fue con las demás”, y Cecilia dice: “Como comprenderás, le voy a contar mentiras preciosas. ¿Quién no?”. De este modo, queda la pregunta levitando sobre todas

de comienzos del siglo XX donde pueden encontrarse soluciones al problema que se plantea tras el infructuoso análisis realizado. La fragmentación, sobre la que ya había teorizado Max Aub en su biografía ficticia del (igualmente ficticio) diseñador de las ilustraciones de la baraja, nos lleva a la concepción cubista del retrato. En efecto, al escribir su *Jusep Torres Campalans*, Aub ponía ante sus ojos algunas metas:

Trampa, para un novelista doblado de dramaturgo, el escribir una biografía. Dan, hecho, el personaje, sin libertad con el tiempo. Para que la obra sea lo que debe, tiene que atenerse, ligada, al protagonista; explicarlo, hacer su autopsia, establecer una ficha, diagnosticar. Huir, en lo posible, de interpretaciones personales, fuente de la novela; esposar la imaginación, ceñirse a lo que fue. Historiar. Pero, ¿se puede medir un semejante con la sola razón? ¿Qué sabemos con precisión de otro, a menos de convertirle en personaje propio? ¿Quién pone en memoria, sin equivocaciones, cosas antiguas? No me faltaron cabos, al revés: acudieron muchedumbre de sucesos que, en algún momento, parecieron esclarecedores; luego, pasada la sorpresa, sin importancia.

¿Cuándo es lo justo?, ¿ayer o ahora?; ¿quién puede dar entera noticia de algo, sí humano?

Los documentos alcanzan el valor de clavos sujetando firmes la piel del cadáver abierto en canal, cuando lo que importa es describirlo vívidamente. No es oficio agradable para quien está acostumbrado a cazar o figurarse mitologías pasajeras en nubes.

Escribí mi relación, valiéndome de otros, dejándome aparte, procurando, en la medida de lo posible, ceñir la verdad; gran ilusión.

[...]

[ofrezco] Luego, vida y obra, tan interdependientes, (Los cuadros y dibujos, apartes forzosos, se colocan donde ofrecen mejor luz.)

[...].

las cartas: ¿Quién no miente en lo que cuenta? Como se ve más abajo, la mentira es aquí precisamente uno de los fundamentos de la creación literaria.

Es decir, descomposición, apariencia del biografiado desde distintos puntos de vista; tal vez, sin buscarlo, a la manera de un cuadro cubista.

Quien le haya conocido, ¿le reconocerá? Los demás, que son todos, ¿se lo figurarán como fue? Quizá hubiera sido mejor un libro cara a cara, como una novela, aunque no lo fuera¹⁵.

Y estas metas y planteamiento parecen identificarse *grosso modo* con las que se atisban en el *Juego de cartas*. Cubista es, pues, la imagen que se nos da de Ballesteros¹⁶. La fragmentación del ser humano en una época dislocada y con un mayor sentido de lo subjetivo y lo inconsciente es lo que facilita y justifica la dispersión del retrato a un Max Aub que busca “diluir”¹⁷ su punto de vista en el de los múltiples escritores-creadores de Máximo. Esa dispersión pretendería dar una mirada completa, desde todos los ángulos¹⁸, aunque como se sabe, los ángulos posibles son infinitos y aquí tenemos sólo 106¹⁹ a la vista. Dentro del mismo juego, varios de

¹⁵ Max Aub (1958, 15-6).

¹⁶ Como Soldevila, Sánchez Vidal (1994, 22b), también se adhiere a esta idea que identifica ambas obras, y destaca que “Max Aub tendió más bien al *collage* cubista y su multiplicidad de perspectivas en empeños como *Josep Torres Campalans* o *Juego de Cartas*”. Esta tendencia a la fragmentación sería característica de un “sustrato generacional” al que, como Luis Buñuel, estaría adscrito el autor. Hay que tener en cuenta que se publicó una biografía del director de cine surrealista de modo póstumo (Aub, 1985), la cual se hallaba en la línea de estos retratos literarios.

¹⁷ En palabras de C. Valcárcel (1996, 276): “Max Aub diluye la autoría narrativa en múltiples voces —las voces de los otros—, logrando —a la manera cervantina— la dispersión total de los puntos de vista, el máximo perspectivismo narrativo posible. Estamos ante narradores móviles y cambiantes que sustituyen al autor en la búsqueda y reconstrucción de ese personaje”.

¹⁸ El mismo Torres lo ilustra en su diario —incluido en el libro con el título de “Cuaderno verde”— en 1918: “Por qué pintar desde un solo punto de vista? Eso, cualquiera. Un pintor, por el hecho de serlo, tiene la obligación de abarcar más. Un objeto quedará siempre mejor si se le retrata simultáneamente desde varios ángulos; el ideal: que se viera desde todos: como Dios lo hizo” (Aub 1958, 204).

¹⁹ El ejemplar aquí consultado del *Juego de cartas* (procedente de la biblioteca de la Stanford University, EE. UU.) contiene, en efecto, 106 naipes, y no 108 (que es el número que citan, al menos, Soldevila [1973, 158], y Antonio

los personajes de la baraja aluden a esa imagen multiangular y/o dispersa en diferentes cartas: Gerarda dice a Lea (4BA), aunque en referencia única al género masculino en general y a Máximo en particular, que “No sé quién inventó que los hombres son de una pieza. Los hombres son un “puzzle”, un juego difícil de componer —y más de recomponer—”. La carta de R. a Rufina (8OA) expresa esta opinión reforzando el papel de lo subjetivo: “uno es como es para sí, no como parece a los demás. Tú no puedes *ser* para otro, eres lo que se figuran que eres, con mayor o menor conocimiento de causa. Desde el primer día te retratan y a unos apareces según Memling o Durero, a otros según Velázquez o Rubens, a alguno le aparecerás como retratada por Cezanne o Picasso. Ninguno eres tú. A lo sumo dirán: ¡qué parecido!”.

Las imágenes pictóricas pueden adivinarse a lo largo de la baraja. Y la justificación del fárrago de notas sobre Máximo está a veces producida por esa distinguible voluntad de ‘retratar’ —pictórica, textual o mentalmente—, que se lee en alguna carta²⁰, lo que delata la voluntad de conjunto que el juego dice tener. La subjetividad de cada una de las miradas sobre Máximo, no obstante, conforma el dibujo de un retrato fragmentado y difícilmente homogeneizable. Al lector de la baraja le resulta muy

Carreño [1994, 9a]). Carmen Valcárcel (1996, 271) asegura que el ejemplar de su propiedad y el existente en el Archivo-Biblioteca Max Aub de Segorbe contienen ambos 106 cartas.

²⁰ Hay cinco, concretamente, donde la idea de recopilación de rasgos, testimonios y trazos del difunto Máximo está presente de un modo u otro. Mauricio tiene que “hacer una nota para el periódico” sobre el finado, como dice en carta a Jorge (JEA). Una de las cartas con firma (ilegible) dice a Tita (7OA) que el saber cómo era Máximo —lo que implica que esta buscaba testimonios— es “tarea imposible”. Cecilia pregunta a Pepita (ROA): “Qué reconcomio le ha entrado a Manuela de querer, a estas alturas, reunir testimonios acerca de Máximo...”. Gaspar dirige una a ‘Pequeñarra’ (5BR) en la que parece responder a una petición que esta hace. Parece requerir imágenes y retazos de su relación con Máximo, para la elaboración de un retrato —no se especifica si pictórico o literario— del mismo. La idea está en el final de la misiva: “No sé si te servirá este rasgo para tu retrato”. Fernanda hace alusión en carta a Inés (5OR) a lo que Rosa le dice sobre Máximo, pero usa una expresión tal como “Quiere pintarlo interesado, interesante pero interesado”.

disperso en su conjunto, como se afirma en estas cartas. También en la que con firma (ilegible) está dirigida a Tita (7OA), se asevera lo mismo: “¿Cómo era Máximo? De una sola manera: como creías que era”. Ruth va también por esa línea según su carta a Alejandra (ACA): “¿Cómo era él? ¿Quién lo sabe? ¿Tú? Pues atente a ello[:] cada quien con su verdad. Te lo juro: yo no me acuerdo”. Y esto se ve confirmado por otra característica del ser humano, como es su diferencia de tratos con los diferentes prójimos. Ludwig lo ilustra en carta a Ladis (QEA): “¿No te has fijado que se es de una manera distinta según quién tienes delante? No me porto igual con mi suegra que con mi cuñado, con Alberto que con Enrique, con Martínez, el millonario que con Martínez, el portero [...]. Cada interlocutor te hace seguir un camino distinto”. Por eso José Rafael T. apunta en nota al Sr. Portilla (2OA) que “Cada quien busca en los demás lo que necesita”. Esta es quizá la razón por la que Felisa, en su misiva a Manuela (AER), resume de modo más aproximado la impresión que el lector se lleva de este variopinto retrato del personaje:

Máximo fue inteligente y tonto, sensible e insensible, agradable y desagradable, silencioso y parlanchín, dulce y agrio, tibio y duro, tranquilo y desasosegado, apacible, alegre y de mala luna, divertido y fastidioso, confiado y desconfiado, ardiente e indiferente, humilde y orgulloso, compasivo y cruel, respetuoso y despreciativo, elegante y ridículo según las horas, los minutos o los segundos y el humor con que se soporta a los demás.

El planteamiento central de esta obra es también resumido (y, al tiempo, insinuado) por José. Este expresa la imposibilidad de conocer al “otro” en misiva a Arturo (10CR): “¿Por qué te empeñas en saber cómo son —o eran— los demás? ¿Qué te importa? Sin contar lo imposible. Puedes figurártelo, pero siempre entrará en la apreciación tanto de tí como de los otros. En estos menesteres se equivoca uno constantemente”. La autoironía está en el párrafo que sigue: “Por eso gustan las novelas: nos dan héroes de papel, hechos de una vez, en los que se toma parte de verdad. Igual sucede en el teatro: se guardan las distancias. Nadie sabe cómo es conocido, si me permites el juego de palabras”. Por otro lado, la inseguridad con respecto a la forma de ser, en

concreto, de Máximo —que en varias de las cartas, pues no en todas se ofrece un retrato claro, aparece²¹— es hasta artículo de fe

²¹ Esta inseguridad y la que rodea aspectos esenciales de su vida es apreciable en varias misivas. Rosendo, su dentista, afirma que su miedo al dolor “refleja una falla escondida” (4OR). Olga se lo dice a Ofelia (3OR): “Jamás supe cómo era”. Véase el párrafo de Mauricio en carta a Jorge (JEA), donde asegura que “Lo curioso es que, cuando nos hemos puesto [varios conocidos suyos] a hablar de él, ninguno supo decirme a qué se dedicaba. ¿Te enteraste alguna vez en qué trabajó? Yo no”. También alude a su hermetismo José Rafael T. en su carta al Sr. Portilla (2OA): “Era tan poco amigo de hablar de sí que muchos de sus amigos ignoraron siempre donde y en qué trabajaba[...]. Lo cierto es que jamás hacía referencia a sus ocupaciones profesionales”. El hermetismo de Máximo es una característica que varias personas más destacan. Alguno, como Rubén en carta a Alex (4ER), no le da mayor importancia y considera que era un hombre “sin interés especial por nada preciso”. Pero otros lo remarcan especialmente: Antonio dice a Agustín (3OA) que “ni siquiera se le conocieron opiniones definidas” y que era “inteligente en lo suyo, desconfiado con los demás, hipócrita —o callado de sus pensamientos”. Alejo, por su parte, refiere a Margarita (3BR) que “Hay quien cree que el dinero mueve el mundo, y, consecuente, se vende; quien está seguro de su fe y es capaz de traicionar a sus padres; quien cree en la burocracia y es incorruptible. Lo único que no te puedo decir, porque lo ignoro es en que creía Máximo”. Lidia dice a Doc (QOA), “¿O sólo era una faceta de sus carácter reconcentrado, incapaz de franquearse con nadie? Creo que jamás dijo lo que pensaba, tal vez porque no podía o porque no sabía exactamente a qué atenerse. Se refugiaba en su inseguridad”. Luis, compañero del difunto durante tres años en la universidad, confiesa a Enrique (ABA) que “Máximo no era hombre fácil de descifrar” y que este pensaba que “Sólo se necesita tener tacto y prudencia para conseguirlo todo”. Blas es más claro aún al describírselo a Rafael (5OA): “¿Qué fue Máximo Ballesteros? Una persona muy fina con sus amigos pero ¿cuántos tenía? Poquísimos, tal vez ninguno; por lo menos que yo sepa. A nadie habló nunca de sus problemas íntimos. Y debía tenerlos como cada quién”. Su relación con su empleada Alma parece indicar que no era compatible con la curiosidad según esta revela a Mateo (9CR): “No se metía en nada. Jamás me preguntó por mi vida. Carecía de curiosidad”; y Lucía dice a Asunción (3EA) que entiende sus relaciones con él de este modo: “Nos entendíamos a medias palabras, que es la única manera de hacerlo porque el que quiere explicar las cosas no lo consigue nunca”; Alí apunta a Salvador (2CA): “Nuestras relaciones fueron superficiales, que es la mejor manera de entenderse con los demás, sobre todo con las mujeres”. Miguel, en fin, retrata más completamente a Máximo en carta a Hugo (ABR): “Se deslizaba como anguila dando excusas [...]. Jamás reveló los secretos de su pecho, menos los del alma, si la tenía. Nunca declaró los pensamientos. ¿O a tí,

en algunos que aborrecen los retratos uniformes: El caso más claro es Emmanuel, en carta a Doroteo (6ER): “¿Quién te autoriza decir que Máximo era así o asá? Das asco con tu manera de catalogar. Esa manía de los sellos y ahora de los cromos [...]. Mírate al espejo, cabrón, y dime quién eres”. La forma de ver a los demás es esencialmente una inseguridad, o una mentira. Y en esta poética de la “broma literaria”²² se basa probablemente el *Juego de cartas* y la obra cubista análoga del mismo autor²³. Pues se vislumbran muy similares fundamentos en ambas, y el nexo artístico que las une (es decir, las ilustraciones) parece no estar solitario en su papel. Véase lo que en 1912 aseguró el —supuesto— ilustrador de la baraja, Jusep Torres Campalans:

Nos diferenciamos por la manera de mentir. Ya lo dijo quien mejor pudo: estamos hechos a *imagen* y *semejanza*. No somos, de verdad, sino *imágenes* y *semejanzas*; parecido, contrahechura, artificio, simulacro, copia, eco, invención, retrato, arte, falsedad. ¿Qué es imagen? ¿Qué es semejanza? Figura, representación (véanse las retóricas), dar una cosa por otra. Así lo quisieron, desde el principio. Para que fuésemos por arte, por el arte, por aproximación²⁴.

sí? Me extrañaría. Hablando tanto era un ser secreto. ¿Quién supo cómo fue? Tu misma pregunta es respuesta”.

²² Es la expresión que usa E. Irizarry (“literary hoax”) para referirse al *Jusep Torres Campalans*, (1984, 72-86). Cfr. su trabajo “Cuatro bromas literarias de nuestros tiempos” (1980, 402-5). Ya Tuñón de Lara calificaba de “gran bromazo. Pero genial bromazo” esta biografía ficticia del pintor (1984, 667).

²³ Estelle Irizarry (1980, 403b-4a) explica la base “mentirosa” de esta narrativa, aunque siempre en referencia única al *Jusep Torres Campalans*: “Sólo una lectura informada percibe la ironía humorística que constituye la insistencia en el tema de la mentira y sus corolarios de la falsificación, el disfraz, el doble sentido, la trampa, la duda y el enigma, que forman un *leit-motiv* modulado en diferentes maneras cubistas hasta llegar a formar la pista central. Todo un tratado sobre la mentira que aparece bajo el título de “Estética” provee una verdadera exégesis de la novela al asociar la mentira con la imaginación creadora. Es obvio que la broma no fue mero pasatiempo para Aub sino eje filosófico y artístico de su libro. La cantidad de autorretratos que aparecen en cuadros y en descripciones ilustran la filosofía de Campalans: “No estafar; alucinar, no burlar; si hay empeño: burlarnos, a lo sumo, de nosotros mismos”.

²⁴ En el “Cuaderno verde” (Aub 1958, 230). También antes, en 1907 (198), Torres (Aub) escribe: “¡Pobres los que creen que el mundo es cosa

Esta es la idea básica, pues, que parece impregnar también la obra aubiana que se trata aquí: el planteamiento de las confusiones implícitas en la invención; de la imagen y de la semejanza, pasadas todas por la subjetividad de cada descriptor y retratante de Máximo Ballesteros. El azar, la posibilidad de combinaciones de las cartas de la baraja nos darán un resultado “siempre diferente”, como el autor dice²⁵, es decir, parcial y superficial²⁶, aunque inscrito en un dislocado conjunto que es una obra literaria eminentemente moderna. En él siempre desempeñará un papel básico la tercera persona, esto es, el jugador, pues será quien interprete la personalidad del difunto, según cuente con unas u otras cartas, según tenga una más o menos fidedigna información²⁷. Se exigirá, pues, la participación del lector como intérprete de una obra *abierta*²⁸, en el desempeño de un papel que

sencilla! ¡Felices ellos; los que distinguen a primera vista lo auténtico de lo que no lo es! Auténtico, Dios; después, todo es copia. (Tal vez no, de ahí, el mal)”. Y un año después (202): “Odiar para siempre a esos que se sienten seguros de sí, que saben que 2 y 2 son 4; lo que van a hacer”.

²⁵ En el texto de las reglas del juego, impreso en la funda de la baraja.

²⁶ Emilio también apunta algo similar (5BA): “¿Quién ve los adentros? Siempre se interpreta basándose en la ignorancia”.

²⁷ La obra es, según C. Valcárcel (1996, 279), “una invitación a la lectura activa, creativa, lúdica de la obra, a las infinitas posibilidades —combinatorias— de lectura e interpretación. Este juego implica un lector cuya lectura tenga efecto en la propia disposición estructural de la obra; es decir, un lector-creador”.

²⁸ Soldevila lo resume en esta frase: “Ya hemos podido ver cómo relatos enteros —*Juego de cartas*— adoptan esa fórmula esencialmente abierta del “suspense” sin sorpresa, en una multiplicidad de ambigüedades prácticamente interminable” (1973, 306). En referencia a la otra obra cubista del autor, *Josep Torres Campalans*, tan relacionada con esta, Soldevila escribe también que Max Aub “ha escrito un modelo ejemplar de obra abierta, en la que la participación del lector es, no sólo esperada, sino exigida por la contextura misma del relato. Los múltiples acercamientos que la obra permite en su intencional polivalencia no son sino consecuencia de esa apertura fundamental” (156). Para Carmen Valcárcel —quien se atiene a la definición de U. Eco de “obra abierta” como susceptible de “ser interpretada de mil modos diversos”—, “La obra queda abierta, inacabada. No hay desenlace. Se trata de un juego sin ganador, o mejor, de un juego en el que todos ganan, ya que todas las interpretaciones de quién y cómo fue Máximo Ballesteros están basadas en los mismos elementos de juicio, las opiniones que los distintos personajes expresan sobre él en las epístolas”

pone de manifiesto la ancestral relación problemática del hombre con el conocimiento y la realidad²⁹. Sin embargo, no hay que olvidarlo, esta obra es —está planteada como— un juego, lo que quiere decir un desafío, aunque sea también el reflejo de una concepción lúdica de nuestra idea de ‘lo real’. Puede ser tomado en serio o no³⁰. Tal vez sea esta, ni más ni menos, otra —la última— de las elecciones que Max Aub nos reserva a los lectores del *Juego de cartas*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AUB, MAX (s. a. [1964]), *Juego de cartas*. México: Alejandro Finisterre.
 — (1958), *Josep Torres Campalans*. México: Tezontle.
 — (1985), *Conversaciones con Buñuel seguidas de 45 entrevistas con familiares, amigos y colaboradores del cineasta aragonés*, Madrid: Aguilar.
 CARREÑO, ANTONIO (1994), “Las otras “Más/caras” de Max Aub: *Antología traducida (II)*”. *Ínsula* 569.
 IRIZARRY, ESTELLE (1980), “Cuatro bromas literarias de nuestros tiempos”. Alan M. Gordon y Evelyn Rugg (eds.), *Actas del sexto Congreso Internacional de Hispanistas celebrado en Toronto del 22 al 26 agosto de 1977*. Toronto: Department of Spanish and Portuguese, University of Toronto, por la Asociación Internacional de Hispanistas.
 — (1984), “Max Aub: A One-man Art Show”. *Writer-Painters of Contemporary Spain*. Boston: Twayne publishers.
 CARABANTES, ANDRÉS (1994), “Juegos de mucha monta”. *Leer* 71.

(1996, 276). El mismo Torres Campalans lo escribe en su diario en 1910: “En la pintura se da todo hecho. Se daba todo hecho. Nosotros vamos a ir un poco más allá: que trabajen también los mirones” (Aub 1958, 213).

²⁹ Muy a propósito de la idea del juego como alegoría epistemológica viene la afirmación de Andrés Carabantes (1994, 38): “No sólo hay mucha literatura dedicada al juego; además, algunos grandes autores han organizado sus obras a través del mundo simbólico del juego, como si hubiesen entendido que una buena forma de reflejar la vida, su caos y su orden, se encuentra en el azar y su infructuosa investigación, señuelo en el que pican los incautos y ganan los tramposos”. En este sentido cfr. también en el mismo número (1994, 34-7), el artículo de Francisco J. Satué.

³⁰ Santos Sanz Villanueva considera esta “una novela experimental y de puro capricho” (1980, 312). Soldevila, por su parte (1974, 157), dice que en su análisis está “Quizás considerando [el *Juego de cartas*] más en serio que su propio autor”.

- ÉTIENVRE, JEAN-PIERRE (1990), *Márgenes literarios del juego. Una poética del naipe, siglos XVI-XVII* London: Tamesis.
- SÁNCHEZ VIDAL, AGUSTÍN (1994), "Max Aub, póstumo" *Ínsula* 569.
- SANZ VILLANUEVA, SANTOS (1980), "La prosa narrativa desde 1936", J. M. Díez Borque (ed.), *Historia de la literatura española, VI: Siglo XX*, Madrid: Taurus.
- SATUÉ, FRANCISCO J. (1994), "Donde los hermosos perdedores buscan un código". *Leer* 71.
- SOLDEVILA DURANTE, IGNACIO (1973), *La obra narrativa de Max Aub (1929-1969)*. Madrid: Gredos.
- TUÑÓN DE LARA, MANUEL (1984), "Dimensiones de la novela en Max Aub", F. Rico y V. García de la Concha [eds.], *Historia y Crítica de la literatura española, 7: Época contemporánea (1914-1939)*. Barcelona: Crítica.
- VALCÁRCEL RIBERA, CARMEN (1996), "Los juegos y las cartas: aspectos lúdicos en la composición e interpretación de "Juego de cartas" de Max Aub", *Actas del X simposio Internacional de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada (Santiago de Compostela, 18-21 de octubre de 1994)*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago.